

*EL CAMINO
DE LA
PROSPERIDAD*

Orison Swett Marden

Editorial  Creación

Si este libro le ha gustado y desea que le informemos periódicamente de nuestras novedades, escribanos y atenderemos su petición gustosamente.

Colección: Clásicos Autoayuda

Temática: Autoayuda, Superación, Crecimiento Personal, Psicología

Traducción: Federico Climent Terror

© De la presente edición:

Editorial Creación

Jaime Marquet, 9

28200 - San Lorenzo de El Escorial

(Madrid)

Tel.: 91 890 47 33

info@editorialcreacion.com

<http://www.editorialcreacion.com>

<http://editorialcreacion.blogspot.com/>

Diseño de portada: Mejiel

Primera edición: Junio de 2010

ISBN: 978-84-95919-58-8

Depósito Legal:

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| PRÓLOGO DEL TRADUCTOR | 7 |
| I. NUESTRAS LIMITACIONES..... | 11 |
| II. LA LEY DE ATRACCIÓN | 21 |
| III. LO QUE AHUYENTA LA PROSPERIDAD | 27 |
| IV. LA CONCIENCIA CREADORA | 37 |
| V. FUNDAMENTO DE LA PROSPERIDAD | 48 |
| VI. CUENTA DE CUENTAS | 67 |
| VII. INCREMENTO DE LA APTITUD | 77 |
| VIII. DIGNIDAD JUBILOSA | 85 |
| IX. REALIZACIÓN DEL ENSUEÑO | 96 |
| X. VOCES DE ALIENTO | 104 |
| XI. LA CONCIENCIA SUPERIOR | 112 |
| XII. SUGESTIÓN CELULAR | 121 |
| XIII. LA PROPIA VENTURA | 131 |
| XIV. CONFIANZA Y PROSPERIDAD | 143 |
| XV. DÍAS Y HORAS | 163 |
| XVI. EL PAR DE OPUESTOS | 174 |
| XVII. LA CLAVE DEL SEÑORÍO | 181 |

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

Esta nueva obra del fértil psicólogo no es en substancia otra cosa que una especie de compendio y resumen de lo tan magistralmente expuesto en las precedentes, a modo de epílogo o conclusión de un prolongadísimo alegato en pro de la integral educación de la niñez y de la acertada orientación de la juventud.

Desde luego que cuanto más fecundo es un autor mayormente arriesga incurrir en repeticiones; pero si la repetición es un vicio o por lo menos una molestia en obras literarias de puro entretenimiento, toma el superior carácter de santa insistencia en las obras que como las de Marden son esencialmente didácticas y educativas, y exponen verdades que han de quedar indeleblemente grabadas en la contextura mental del lector.

Por otra parte, no escaso mérito tiene la habilidad de revestir los mismos temas de variados ropajes con tal primor elaborados que desvanecen todo temor de fatigosa monotonía y dan la sensación de novedad en el pensamiento por la donosura de la expresión.

Además, pertenece Marden a la no muy numerosa cohorte de filósofos y pensadores que sin decir nada fundamentalmente nuevo, porque ya la antigua sabiduría dijo cuanto cabe decir, exponen con mucha mayor claridad, lógica y buen sentido los conceptos que hasta hoy habían ido envolviendo los filósofos del pasado siglo en una embrollada fraseología de términos enigmáticos que inspiraban general aversión al estudio de la psicología, experimental por cuyo medio puede llegar el hombre al conocimiento de sí mismo.

Por supuesto que Marden no es ni presumió ser jamás jefe de escuela, ni fundador de secta ni hierofante de ninguna cripta donde promulgar en conventículo de iniciados una nueva filosofía. Su labor ha sido más modesta y sin embargo más fructífera, Se ha li-

mitado a ser un ferviente apóstol del optimismo sano, un entusiasta ponderador del poder de la voluntad humana hermanada con el conocimiento y un infatigable heraldo del nuevo evangelio que en no muy lejano porvenir predicarán los hombres de buena voluntad por todo el mundo.

Si alquitaráramos las obras de Marden, como las de todos los pro-pugnadores de la moderna psicología experimental, encontraríamos en ellas la esencia de cuanto en todas las épocas de la historia del pensamiento humano fue el meollo de las enseñanzas de los sabios, del ejemplo de los héroes, de la virtud de los santos, de la palabra de los apóstoles y del sacrificio de los mártires.

Todos sin exceptuar a los de la era precristiana, que en rigor fueron cristianos antes de que Cristo diera expresión verbal a su doctrina, afirmaron la prevalencia de la naturaleza superior contra la inferior y reconocieron la prelación del pensamiento sobre la acción.

Marden y los psicólogos de su mismo temperamento no son más que los restauradores de verdades olvidadas durante siglos, y las restauran en términos que todo mediano entendimiento pueda comprenderlas e incorporarlas positivamente a su conducta para realzar su conciencia y darles un práctico compendio de la filosofía de la vida.

La escuela psicológica a que sin jefe visible pertenece Marden ha enmendado el error en que incurrieron algunos filósofos que sólo echaron de ver en la superior naturaleza humana uno de los tres aspectos constituyentes de su trina esencia, imagen y semejanza de la trinidad divina. Unos lo cifraron todo en la voluntad, otros en el entendimiento y otros en la acción.

Pero Marden con sus precursores y colegas demuestran irremediablemente, apoyados en el análisis introspectivo del ser humano, que no es posible aislar la voluntad del conocimiento ni una ni otro de la acción.

Cuanto más detenidamente se estudia el hombre a sí mismo, mayor es su convencimiento de que no puede obrar con acierto sin

antes pensar con reflexión; de que todo acto ha de ir precedido del pensamiento generador por cuya virtud conoce lo que ha de hacer, y que a tal pensamiento ha de aplicar la fuerza de su voluntad para que en realidad objetiva se plasme la acción.

Es Marden, en la presente obra, un convencido expositor de la Psicología experimental que afirma la posibilidad de levantar, fortalecer y estimular la voluntad, por la reiterada representación de robustas, claras y definidas ideas de lo que se trata de cumplir y objetivar en el mundo material, así como, por el contrario, la posibilidad de refrenar, restringir o invalidar las actividades del deseo y la voluntad dejando resueltamente de pensar en el objeto en cuestión o también convirtiendo el pensamiento hacia otro objeto de antitética índole.

No cabe duda de que las obras de Marden, como todas las comprendidas en la impropia denominación de literatura estimulante, han despertado muchísimo interés respecto del poder del pensamiento, la energía mental, la fuerza de voluntad y otros conceptos análogos que se resumen en la idea de utilizar el pensamiento en el sentido de establecer apetecibles condiciones de salud y vigor corporal, prosperidad, dicha y bienestar.

Entre las muchas teorías que tratan de expresar el espíritu de esta psicología y tras los diversos nombres, términos y títulos empleados para designarlo se encuentra el fundamental concepto de que el pensamiento vigorosamente sostenido propende a manifestarse en acción. Es el poder que lo ideal entraña de convertirse en real.

Prueba de que esta es una verdad de la antigua sabiduría nos la dan dos aforismos cien veces seculares. El de Gautama el Buda que dice: «El hombre se convierte en lo que piensa»; y el de Salomón que parafraseando repite: «Tal como un hombre piensa en su corazón, así es».

Las enseñanzas de Marden, en sus treinta obras, amplían y ejemplarizan esta sempiterna verdad, demostrando que si no se relaciona el poder de la voluntad con el poder del pensamiento, queda el hombre privado de la mitad de su poder individual. No le faltan de-

tractores a la moderna psicología experimental. Por una parte, los excesivamente idealistas que sólo ponen los ojos en la vida futura con menosprecio de la presente; y por otra parte los demasiado positivistas para quienes la única realidad es el no siempre fehaciente testimonio de los sentidos y no creen en la eficacia del pensamiento.

Los idealistas desmesurados sólo aciertan a descubrir en las enseñanzas de Marden el aspecto inferior y por esto las tildan de utilitarias y positivistas como si sólo estimularan al logro de la prosperidad escuetamente material, mientras que los exagerados positivistas las acusan de incitar a la juventud a soñar despierta y hacer castillos en el aire, fantaseando sobre lo que les gustaría ser, hacer y tener.

Pero quien las lea y medite libre de prejuicios, desde cimas cuyo sereno ambiente no empañen nubes de parcialidad ni sectarismo, no podrá menos de reconocer que la prosperidad, cuyo camino señala Marden en la presente obra, no es la que tiene por meta el bienestar, la dicha y la fortuna brutalmente materiales, sino la que abarca la dual naturaleza del hombre que es muy superior al bruto y otro tanto inferior al ángel, pero que tiene algo de bruto y de ángel.

Las enseñanzas de Marden concilian el interés material con el espiritual, la naturaleza inferior con la superior, aunque de ningún modo en el siniestro sentido de conciliar a Cristo con Belial ni la luz con las tinieblas, sino en el armónico y profundamente ético y religioso concepto de purificar cuerpo y mente para que sean valiosos y eficaces instrumentos de manifestación del imperecedero espíritu.

FEDERICO CLIMENT TERRER

I. NUESTRAS LIMITACIONES

Un hombre será pordiosero mientras no tenga otra visión mental que la pordiosería.

¿Por qué vas por el mundo con trazas de pusilánime? Si eres verdaderamente hombre, no sean tus miradas ni tus palabras ni tus obras las de un mendigo.

Únicamente pensando en la prosperidad y la abundancia será abundante y próspera vuestra vida.

La limitación de uno mismo por sí mismo es uno de los pecados capitales de la humanidad.

La prosperidad sólo fluye por canales lo bastante amplios para recibirla.

Una mezquina mente equivale a escasez y penuria. Todo cuanto adquirimos en la vida nos llega por la avenida del pensamiento. Si es mezquino, ruin y tacaño, de igual índole será cuanto a nosotros llegue.

QUÉ pensaríais de un príncipe, heredero de un reino de ilimitada riqueza y poderío, que viviera en la pobreza, que fuese por el mundo quejándose de su mala suerte, mostrando a las gentes su extrema pobreza, diciendo que no creía que su padre le dejara ni una hilacha y que había de resignarse a una vida de pobreza y limitaciones?

Desde luego responderíais que debía de estar loco y que sus penosas condiciones, su pobreza y estrecheces no eran reales, sino imaginarias, que existían sólo en su mente, como aquellos entes de razón sin fundamento alguno en la realidad que según la metafísica clásica viven únicamente en el intelecto. Porque el rey, padre del príncipe,

estaba dispuesto a colmarlo de bienes, de todo cuanto su corazón deseara, con tal de que abriera su mente a la verdad y viviera según corresponde a un príncipe, hijo de un poderoso rey.

Pues tan insensato como este príncipe, que creyéndose pobre vivía pobremente en medio de las incalculables riquezas de su padre, será quien viva en sórdida miseria, en un estrecho, entumecido y limitado ambiente donde no haya al parecer esperanza ni perspectiva de mejora, sin obtener lo apetecible aunque se esfuerce penosamente por adquirirlo.

Nuestras limitaciones están en nuestra mente, como las del príncipe estaban en la suya; porque somos hijos de un Padre que ha creado abundantísima e ilimitada riqueza para todas sus criaturas, pero el pensamiento mezquino y ruín las aparta de esta abundancia y sume en la pobreza.

En Omaha, importante población del Estado norteamericano de Nebraska, vivía un labriego llamado Mihok, de nacionalidad rusa, que durante veinte años había llevado en el bolsillo una piedrecita de color encarnado muy claro, a la que atribuía supersticiosamente afortunadas virtudes, sin sospechar que tuviera valor monetario. Al cabo de los veinte años accedió por fin el labriego a las excitaciones que repetidamente le habían hecho los amigos para que sometiese la piedrecita al examen de un joyero, pues a todos le parecía que bien pudiera ser algo más que una ordinaria piedrecita. En efecto, un joyero de Chicago aseguró que era un rubí de los llamados de sangre de pichón, de extraordinario tamaño entre los de su clase, con peso de 24 quilates y un valor aproximado de cien mil dólares.

Así hay millones de gentes que como este labriego viven en la pobreza, creyendo que no hay para ellos otra cosa que penoso trabajo y todavía más afflictiva penuria, sin advertir que entrañan en su interior posibilidades de riqueza superiores a todo lo que cabe imaginar. Sus torcidos pensamientos les roban su divina herencia y los apartan de la abundante provisión de bienes para ellos destinada por la inagotable Fuente de toda riqueza. La mayoría de las gentes están en situación análoga a la del jardinero que al regar las plantas pisó inadvertidamente el tubo de goma de la manguera, aminorando

con ello el chorro de agua que no era tan copioso como el diámetro de la manga consentía. La vena de agua que manaba del depósito de alimentación seguía siendo la misma y con el suficiente caudal para satisfacer las necesidades del jardinero. El defecto consistía en que el jardinero mermaba sin advertirlo su provisión de agua al mantener el pie en la manga de goma.

Esto es literalmente lo que hacen cuantos viven en agobiadora pobreza. Merman su provisión por poner el pie encima de la manga de goma por donde les llegaría la abundancia. El agua manaba sin cesar de su fuente en sobrada cantidad para satisfacer las necesidades del regante; pero la culpa era de él, que insensatamente disminuía el caudal.

Así muchos interrumpen el flujo de abundancia, que es su derecho de nacimiento, con sus dudas, temores e incredulidades; por representarse en su mente la imagen de la pobreza, pensar en la pobreza, y obrar como si nunca esperasen poseer cosa alguna ni realizar acción meritoria ni ser nada en la vida social.

Todo cuanto con el hombre se relaciona, todo cuanto existe en el universo de Dios, está sujeto a la divina ley de prosperidad y abundancia, tan justa y rigurosa como la *ley* de gravitación, tan exacta y evidente como los axiomas matemáticos. Es una ley mental. Únicamente pensando en la abundancia es posible recibirla. Según nuestro pensamiento así será nuestra vida, nuestra bastanza o nuestra deficiencia. La mental actitud volverá a nosotros con efectos de su propia índole. Una mezquina y ruin actitud mental nos pondrá en condiciones ruines y mezquinas.

Somos hijos de nuestro convencimiento. No podemos ir más allá de lo que creemos que somos ni tener más de lo que creamos tener. De aquí que si de antemano nos figuramos que nunca podremos ser tanto como los demás cuyas condiciones superan a las nuestras ni que nos será posible lograr el mismo éxito en nuestra profesión, jamás lo seremos ni lo conseguiremos. Si estamos convencidos de que hemos de permanecer siempre en la pobreza, pobres seremos. Nadie puede librarse de la pobreza si no espera la liberación ni se cree capaz de librarse de ella.

Muchos de los que hoy día viven pobremente no esperan nunca mejorar de condición. Su enquistada creencia de que por más que se esfuerzen no prosperarán, los mantiene en la pobreza. Esta creencia coloca su mente en actitud tan negativa, que la incapacita para discutir y emplear los medios lícitos que los conducirían a la prosperidad. Tan sólo la mente positiva puede engendrar prosperidad. La mente negativa es infecunda, estéril, y sólo es capaz de paralizar, inhibir y detener el aflujo de los bienes que anhelamos.

No tiene tanta importancia lo que hacemos con las manos como lo que hacemos con la mente. Todo cuanto él hombre ha realizado con sus manos o con su cerebro nació en la mente. El mismo universo es creación de la mente divina. Quien se esfuerza en el trabajo material, pero mentalmente se dirige en sentido contrario, creyéndose incapaz de prosperar, invalidará los resultados de su trabajoso esfuerzo con su negativo y destructor pensamiento. Pisa la manguera por donde le llegaría la abundancia.

Quien mentalmente se limita, también traza límites a su campo de acción en términos correspondientes a su actividad mental, porque obedece entonces a una ley inmutable. Observemos que quien echa una moneda de cobre en la alcancía de beneficencia, suele ser mezquino, ruin y tacaño no sólo en asuntos de dinero, sino que en el semblante y en toda su persona denota la avaricia dominante en su roñoso corazón. Siempre está escatimando céntimos, en acecho de menudencias sin ser capaz de acciones generosas. Por mucha habilidad y maña que naturalmente tenga, su estrecho, limitado y miserable pensamiento lo empequeñece y aparta de la corriente de abundancia. No es capaz de generosas acciones porque nunca piensa en ellas. Su retorcida mente sólo admitirá una mezquina provisión en vez del caudaloso flujo que tiene a su alcance.

Muchísimos van por el camino de la vida como pobres mendicantes porque todavía no han aprendido a utilizar sus fuerzas mentales ni se han dado cuenta de la pingüe herencia que nos legó el divino Donador de todo bien. Nuestro escaso pensamiento merma la provisión.

Solemos extrañarnos de que quienes al parecer están en peores condiciones y no reúnen tan ventajosas circunstancias logren cosas mucho mejores que nosotros; pero es porque piensan insistentemente en ellas y nunca los vemos en actitud ni ademán ni porte de tacaños y mezquinos. Compran siempre lo de mejor calidad, y los tildamos de pródigos y derrochadores creyendo que nosotros somos los económicos y ahorrativos porque adquirimos lo de pronto barato, que después nos resulta caro. Pero ¿somos por ello más económicos? ¿Cómo es nuestra manera de vivir comparada con la suya? ¿Gozamos de la vida tanto como ellos? El dinero que escatimamos compensa la falta de saludable alimentación, de vestidos decentes, de excursiones placenteras, de recreos sociales y demás solaces honestos que hacen la vida agradable, salutífera y provechosa para el vecino a quien tildamos de manirroto? Lo cierto es que más pierde el ruin que el generoso, y nuestra mezquina conducta acaba por sumirnos en la pobreza.

La prosperidad sólo fluye por conductos de bastante calibre para recibirla. No fluye por conductos estrechos y además aplastados por miserables pensamientos, por el desaliento, la duda y el temor o por un género de vida que cierre los ojos a toda halagüeña perspectiva. A veces, un generoso desprendimiento es de más prudente economía y lo único que nos conduce al generoso éxito.

Si un eminente industrial como Enrique Ford, un conspicuo comerciante como Juan Wanamaker o cualquier otro hombre de negocios de altura, perdiese su amplia visión de anchurosas perspectivas y comenzara a escatimar lo necesario para el mejor resultado de su negocio, substituyendo las materias primas de mejor calidad por otras más baratas, pero inferiores, y despidiendo de sus talleres, tiendas y oficinas a los obreros, dependientes y empleados de mayor idoneidad, para colocar a gentes desmañadas, torpes e incultas sin otro motivo que el de escatimarles los sueldos, se arruinaría al poco tiempo de seguir tan tacaña conducta.

El principio de la *ley* de prosperidad es inmutable. Cualquiera que sea vuestra profesión, oficio, empleo o circunstancias, la índole de la actitud mental determinará el éxito o el fracaso. Una mente

mezquina significa mezquina provisión. Significa que después de agujerear con una barrena el conducto por donde fluye la corriente de abundancia, aún espere recibir copioso caudal el insensato taladrador. Esto es imposible. La mental actitud aforará la corriente de prosperidad.

Sin embargo, no se ha de llevar esta afirmación a términos absolutos, porque resultaría en evidente contradicción con las realidades de la vida, ni tampoco cabe erigirla en ley de general aplicación práctica a todo ser humano, aunque especulativamente sea de vigencia universal.

Desde luego que el pensamiento contrario a la pobreza es condición indispensable para adelantar sin tropiezos en el camino de la prosperidad; pero el pensamiento es la actuación de la energía mental, más sutil y poderosa aún que la eléctrica, que no todos saben atinadamente dirigir ni con acierto aplicar.

Así como el manejo de la electricidad requiere un conocimiento experimental que sólo cabe adquirir por el estudio y la práctica de las condiciones en que dicha energía produce útiles efectos al transmutarse en luz, calor, magnetismo y movimiento, y quien a manejarla se atreviera sin conocer estas condiciones, lejos de lograr resultado eficaz, se expondría a mortales riesgos, de la propia suerte es indispensable conocer las condiciones psicofísicas en que por su índole actúa la energía mental, y acertar a establecerlas mediante la habilidad que sólo se consigue por la experiencia.

A nadie le está vedado el conocimiento práctico de las condiciones en que actúa la energía eléctrica. Sólo se requiere para ello el estudio teórico-práctico de la electrotecnia, que bien aprovechado confiere la facultad de ser más o menos hábil electricista. Análogamente, a nadie le está vedado el conocimiento de las condiciones en que actúa la energía mental, aunque el conocimiento de estas condiciones, por lo mayormente sutiles, requiere más detenido estudio, más prolongada práctica y, sobre todo, una conducta y régimen de vida de todo punto contrario al que la inmensa mayoría del que los afligidos por la pobreza suelen llevar.

De aquí que no baste *pensar* inactivamente en la prosperidad y abundancia para librarse de la pobreza. El *pensamiento* por sí solo de nada vale, o por lo menos no está en condiciones de manifestarse en positivos y materiales efectos. Es necesario *establecer las condiciones* que le sirvan de conductos o medios de manifestación.

También la electricidad está y ha estado en el ambiente desde que el planeta dio su primera vuelta alrededor del sol; y sin embargo, no produjo efecto de positivo provecho hasta que la invención de las pilas y las dinamos permitieron establecer las *condiciones* en que la misteriosa energía se manifestó en el telégrafo, el teléfono y la luz eléctrica.

Posteriormente, el invento de Marconi demostró que, aun en otras condiciones menos complicadas y costosas, podía manifestarse la energía eléctrica, y hoy vemos ya difundidas prácticamente por doquiera la radiotelegrafía y la radiotelefonía que en grafías y fonías transmiten suprimiendo tiempo y espacio la expresión del pensamiento humano.

Pues aún mayores prodigios nos promete la energía mental en su modalidad de pensamiento, cuando se generalice la científica comprensión de sus leyes, y se conozcan las condiciones en que actúa, con tanta exactitud como se conocen hoy las requeridas por las diversas clases de instalaciones eléctricas.

Acaso diga alguien que el pensamiento es invisible. También lo es la electricidad, que sólo se conoce por sus efectos. Quizá redarguya el alguien diciendo que los efectos de la electricidad son notoriamente perceptibles en luz, calor y movimiento, y a veces tan violentos que arruinan, incendian y matan. Pero también el pensamiento produce análogos efectos, aunque no tan notoria e inmediatamente perceptibles, porque como todo efecto es de la misma naturaleza que la causa, si la energía mental es muchísimo más sutil que la eléctrica, natural es que sus efectos sean asimismo más sutiles, y por lo tanto menos perceptibles a los sentidos físicos. De esta verdad da inequívoca prueba la sabiduría de los instructores religiosos al considerar tan delictiva la mala intención como la mala obra, y tan pecaminoso el *mal pensamiento* como la mala acción.

Por lo tanto, el requisito primordial para pasar de la penuria a la abundancia, de la pobreza a la prosperidad es conocer las leyes capitales del pensamiento, o al menos tener la seguridad de que el pensamiento es una fuerza que, hábilmente dirigida y certeramente aplicada en las condiciones demandadas por su naturaleza, *favorecerá* en grado superlativo la eficacia de nuestras acciones, con tal de que éstas sean de la misma índole del pensamiento, porque quien piensa de un modo y obra de otro, edifica sobre movediza arena.

Pero de la propia suerte que en las instalaciones eléctricas, tanto alámbricas como inalámbricas, es preciso evitar todo cuanto contraríe o amenace contrariar las condiciones en que se manifiesta la energía, así también en el manejo y utilización de la energía mental es indispensable evitar todo cuanto impida, entorpezca o perturbe sus beneficiosos efectos.

Entre los elementos psíquicos de índole adversa a la eficacia del pensamiento, no hay otro tan funesto como el temor, porque es una fuerza diametralmente opuesta, de índole siempre negativa, que en igualdad de magnitud e intensidad invalida cuanta eficacia pudiera tener la fuerza positiva del pensamiento.

El temor es compañero inseparable de la desconfianza, y quien teme y desconfía librarse de la pobreza en que se halla, seguramente no podrá mejorar de condición ni recibirá estímulo alguno que le mueva al esfuerzo necesario para su emancipación. En cambio, quien espera y confía, y al propio tiempo procura establecer las condiciones materiales que sirvan de conducto al aflujo de prosperidad, no tardará, si persevera en su actitud, en cosechar el fruto de sus afanes.

Pero conviene esclarecer los conceptos de pobreza y riqueza en cuanto a nuestro tema se refieren, pues discrepan algún tanto de los usualmente admitidos en economía política. Por pobreza entiendo aquella condición en que el individuo o la familia carecen de los medios necesarios y suficientes para cumplir honradamente la trina finalidad física, intelectual y moral de la vida; y por riqueza entiendo la condición contraria, o sea, aquella en que el individuo o la fami-

lia disponen de los medios necesarios y suficientes para el cumplimiento de dicha finalidad.

Aun en este concepto, la pobreza y la riqueza son relativas, pues dependen de la educación, temperamento, carácter, categoría social, profesión, hábitos, costumbres y, sobre todo, de la conducta personal. Las necesidades de indispensable satisfacción en la vida están sujetas a la ley natural y no son hijas del deseo concupiscente. Se han de satisfacer bajo pena de muerte. En cambio, hay infinidad de necesidades artificiosamente engendradas por la concupiscencia, que complican la vida hasta el punto de obstruir los canales por donde afluye la prosperidad.

La estrepitosa ostentación y lujo en el vestir, el sibaritismo en el comer, el fomento de vicios perjudiciales a la salud, la desquiciada, administración de los recursos monetarios, la ociosidad y la apatía son causas mucho más eficientes de pobreza y ruina que la carestía de las subsistencias y el alza de los alquileres.

Con rarísimas excepciones, la material indigencia es consecuencia forzosa de la miseria mental y moral. Si cuantos mendigos tienden la mano por calles y caminos quisieran contarnos verídicamente la historia de su vida, nos convenceríamos de que rarísimos pueden achacar en justicia su situación al infortunio, y la inmensa mayoría se ven como se ven por su propia culpa, prescindiendo de los no pocos que ejercen la mendicidad con arte de hábiles profesionales y en los corazones sensibles encuentran inagotable mina.

Pero la idea de prosperidad entraña la de continuado mejoramiento, que paso a paso va colocando al individuo en un peldaño cada vez más alto de la economía social, de modo que, según prospera y mejora, aumenta a su favor la proporción entre los medios y los fines de la vida. La prosperidad tiene por fundamento el trabajo, que no en balde es la capital virtud del hombre honrado, y por piedras angulares la integridad, la economía, la sobriedad y la confianza.

Habrà tal vez quien arguya con el vivo ejemplo de los muchísimos deseosos de trabajar que no encuentran trabajo, pues hoy día abundan los forzosamente desocupados en todas las naciones europeas decrepítamente civilizadas; pero esto mismo viene en apoyo

de nuestra tesis, porque esos millones de huelguistas forzosos no *combinan el pensamiento con la acción* para encontrar empleo a su actividad. La mayoría se resignan musulmanamente con su suerte y aun en secreto se regocijan al recibir la limosna del Estado. Son por la mayor parte jornaleros sin otra herramienta que sus brazos, gentes que por desidia de sus padres, indiferencia del poder público o acaso por holgazanería propia no aprendieron en su juventud ningún oficio o profesión de las que siempre están necesitadas de mentes cultivadas y manos diestras en todos los países del planeta.

Si los sin trabajo fuesen gentes de oficio artesánico o entendidos en el supremo arte de cultivar la tierra en sus diversas modalidades o hábiles en el ejercicio de las industrias rurales, encontrarían muy luego múltiples coyunturas de lucrativo trabajo en los jóvenes países de incipiente civilización donde la agricultura, la industria y el comercio aguardan anhelantes quien les dé impulso y fomento.

La culpa de la miseria e indigencia, de las dificultades de la vida, no es de Dios. Por el contrario, su providencia ha henchido los senos de la madre tierra de inagotables riquezas naturales, sin otra condición para el hombre que la de explotarlas con su ingenio y laboriosidad. Las tierras vírgenes con sus bosques y sus minas y sus campos de formidable potencia productiva prometen el sustento y el bienestar de la vida a doble número de habitantes del que hoy puebla el planeta. Sólo falta transmutar en actual la potencial energía de la madre naturaleza.

Verdad es que a veces se porta como mala madrastra cuando los ciclones, terremotos, inundaciones, aludes, tormentas y demás calamidades que parecen negar la providencia de Dios, derruyen ciudades, arrasan cosechas, asuelan campos, devastan bosques, vuelcan puentes y en un momento deshacen las obras en que puso el hombre años de laboriosidad, ingenio y constancia. Sin embargo, estos fenómenos semejantes a palos y azotes de una divinidad tan tiránica como ciega, son por el contrario advertencias cuyo rigor estimule al hombre a indagar las leyes todavía ocultas de la naturaleza.